

El Josefino[®]

Nº 59 Noviembre 2023
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

HAZME
DECIR
"SÍ"

Pág. 4

VENERABLE
MIGUEL ÁNGEL
BULLES
Y SAN JOSÉ

Pág. 10

*"Tu plantel es un vergel de todos los más
selectos bálsamos".*

(Cant. 5, 13-14)

SUMARIO

... Al lector...

Estimados Josefinos:

San José se nos presenta como un contemplativo absorto en Dios, como el hombre todo envuelto en silencio y guardando el Misterio de la Encarnación.

Pasa por la tierra sin ser de ella; sin desviar su pensamiento ni un solo momento de la eternidad. Es el hombre del silencio al que tanto nos gustaría imitar, pero que nuestra gran locuacidad nos lo impide poderosamente.

La Sagrada Escritura compara al que no sabe refrenar la lengua con una ciudad abierta y sin murallas. San José nos enseña la ciencia del saber callar. Él es una ciudad que guarda Tesoros que contienen detrás muros impenetrables; su silencio era algo connatural en él.

Solo él y la Virgen sabían de la Divinidad de Jesús. Revelar el secreto no le correspondía a él; no era esa la voluntad de Dios.

¿Qué tenía San José para poder guardar en su vida este silencio sin perder ese dominio tan perfectamente? Nosotros muchas veces lo intentamos y al cabo de unas horas ya estamos igual que antes...

Dicen que uno se arrepiente más de lo que dice que de lo que calla; y en general es cierto, cuando lo dicho se hace bajo presión del enojo, la ira o la desesperación, por ejemplo. En esas ocasiones, las personas tienden a

decir cosas de las que después se arrepienten, sobre todo cuando ofenden a otros o les faltan al respeto. También en esos casos altamente emocionales, las personas tienden a revelar cosas que no debieron decir, como revelar confidencias.

¡Qué prudencia la de San José siempre y en todo momento! El lenguaje de él era el silencio.

Una prueba muy elocuente de la prudencia de una persona consiste en saber callar y saber hablar en el momento oportuno pues como dice el Eclesiástico (3,7) *“hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar”*. En lo uno y en lo otro, San José fue incomparable.

Podría haber hablado, observa justamente un piadoso autor, manifestando a todos el secreto Misterio que se había obrado en su Esposa, despejando así el desconcierto; pero eso hubiera sido revelar el secreto del Rey del cielo; se hubiera convertido en una celebridad para él; prefirió, pues, callar y dejó que hablase Dios por medio del Ángel.

Sus palabras fueron siempre una profesión de humildad, de gratitud, un cántico de alabanza, como el Magníficat de su esposa, un himno sublime de agradecimiento al Omnipotente.

Pág.

AL LECTOR	3
HAZME DECIR “SÍ”	4
LO QUE HACE GRANDE ES “NO SER GRANDE”	6
“TODO ÉL A TU DISPOSICIÓN...”	9
VENERABLE MIGUEL ÁNGEL BUILES Y SAN JOSÉ	10
“OCULTO COMO LA VIOLETA”	12
EL DON DE LAS ADMIRABLES VIRTUDES DE SAN JOSÉ POR SU MATRIMONIO CON LA SANTÍSIMA VIRGEN	14



Hazme decir "Sí"



San José, hazme decir "sí" a Dios en todas las circunstancias de mi vida como me ha enseñado tu ejemplo.

A través de todos los acontecimientos supiste reconocer una expresión de la Voluntad Divina y, en cuanto esta Voluntad se te manifestaba, te inclinabas ante ella con gozo amoldándote plenamente.

Cada uno de tus "síos" brotaba de lo más íntimo del alma, como una ofrenda llevada en una sonrisa oculta, porque pusiste tu felicidad en dar gusto a Dios.

Hazme comprender que ninguna palabra

agrada más al Señor que este "sí" tan simple y tan breve.

Ninguna palabra tiene más valor que ésta, en que se expresa el abandono total del amor.

Obtenme el valor de repetir este "sí" muy a menudo a lo largo de mis horas, de repetirlo inmediatamente en las dificultades y en las pruebas; de repetirlo con todo el corazón, sin añadir reservas, sin poner condiciones.

¡Que toda mi vida, hasta la misma muerte, sea un "sí" alegremente ofrecido a Dios!

Amén



Oración
A SAN JOSÉ

Meditación JOSEFINA

Lo que hace grande es “no ser grande”

“**Q**uien a Dios tiene nada le falta”, decía acertadamente Santa Teresa de Jesús. ¿Qué somos sin la presencia del Señor en nuestras almas? Con esa ausencia ¡qué duro es todo!, cuán triste se torna la vida. Todo se vuelve amargura y decepción.

Tenía razón San Agustín en decir: “Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”.

¿Qué podía faltarle a San José si moraba con él Jesús? La humildad de este sencillo artesano era tan grande que Dios, en la Persona del Hijo, vino a habitar en su casa. Dios Omnipotente se abaja y habita en un pobre hogar desprovisto de toda comodidad, pero rebosante e inflamado de amor.

La Sabiduría Infinita descansaba a gusto junto a San José y él en su compañía gozaba de un dulce paraíso. Era consciente del gran tesoro que poseía, el más valioso de todos, por eso luchaba para que nada ni nadie se lo arrebatara.

El demonio como astuto pirata se lanza por el mar de esta vida para

arrancarnos nuestra más preciada joya que es el mismo Dios. Si perdemos a Jesús ¿a dónde iremos, en quién encontraremos consuelo y alivio?

San José cultivaba con asiduidad su trato con Jesús. Nunca quiso ser alabado ni estimado porque deseaba esa honra y amor solo para Dios a quien es debido. Esta unión con su Hijo amado lo llevó a “gustar cuán suave y bueno es el Señor” (Sal. 33, 9). Tenía su confianza solo en Él, le daba gracias por todo lo que obraba en su alma y, a medida que contemplaba esas maravillas, se enardecía de amor viendo que el Poderoso había puesto los ojos en él, que se consideraba el más pequeño de los servidores del Altísimo.

Adherido a Dios con todo su ser se sentía capaz de soportar todos los sufrimientos.

El Evangelio narra que en una ocasión uno de los escribas se acercó a Jesús y le preguntó cuál era el primero de todos los Mandamientos y Él le respondió: “El primero de todos los Mandamientos es éste: “Amarás al Señor con todo tu corazón y con toda tu alma y



con todas tus fuerzas” (Mc. 12,28). Después de la Santísima Virgen María nadie cumplió este precepto con mayor perfección que San José. El motor que lo impulsaba y lo hacía no solo correr sino volar en la vía sobrenatural era el conocimiento que tenía de que Dios lo amaba ardientemente. La falta de ese convencimiento hace que nosotros no demos ese paso trascendental que nos haga dejar de vivir para lo humano terrestre y pasar a vivir para lo sobrenatural celeste, que es lo único que durará para siempre. Sin duda este convencimiento es una gracia que da el Espíritu Santo al que con fe y perseverancia se lo pide.

San Pablo en su primera carta a Timoteo escribe que Dios quiere que *todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*. San José, que tenía los mismos sentimientos de Cristo y quería imitarlo en todo, también anhela que en el corazón de todos habite Dios ¡Qué no hace desde el cielo para conseguir que los extraviados vuelvan al buen camino y obtener la victoria para los que combaten contra el mal!

La humildad aleja a Satanás y atrae poderosamente la mirada del Señor. En un alma soberbia no puede habitar Dios y en el corazón humilde no estará jamás el infernal enemigo.

San José, esperanza nuestra, condúcenos con tu mano por el camino de la humildad y arranca ahora mismo de nuestro corazón todo lo que no agrade a Jesús, para gozar siempre de su compañía feliz.



“Todo él a tu disposición...”

Un minuto de reflexión: Profundiza... “Et erat subditus illis...”. Y les era obediente... ¿Quién?... Jesús... ¿A quién?... a San José...

¿Puede ser cierto...?

Sólo el Padre Eterno puede mandar a Cristo... Pero el Padre Eterno delega su Autoridad, la deposita... ¡en San José...!

Y desde ese momento San José manda con estricto derecho... Y Jesús obedece con estricto deber...

¡Qué poder el de San José! Ahora también perdura ese poder en el cielo.

A una señal de San José, Cristo derrama a torrentes desde el cielo, desde el Sagra-

rio, los Tesoros de su Corazón... ¿Es que tú no los necesitas...?

¡Mira tu vocación...! ¡Necesitas un Pentecostés de bendiciones para llenarla...! ¡Obtenlas por medio de San José...!

Atrae hoy hacia ti sus miradas con algún obsequio especial: rezar su letanías, una pequeña privación... ¡Tantos pequeños ofrecimientos a él...!

¡Pídele!...: Oh, fidelísimo San José, alcánzame del Corazón de tu Hijo gracia abundante para llenar mi fin excelso, para esculpir en mí el hombre desnudo de sus afectos que vive sólo para Cristo...

¡Joseph potentissime, ora pro nobis...!

Miguel Ángel Builes Gómez nació en la población de Donmatías, Departamento de Antioquia, Colombia, en 1888.

Durante casi cuarenta y tres años gobernó la Diócesis de Santa Rosa de Osos, Antioquia. Se destacó por una extensa obra pastoral.

Fundó cuatro comunidades religiosas: Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal (1927), la Congregación de Hermanas Misioneras de Santa Teresita del Niño Jesús (1929), la Congregación de Hermanas Contemplativas del Santísimo (1939), y la Congregación de Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias (1951). Ordenó ciento sesenta y dos sacerdotes y consagró tres obispos. Creó 23 parroquias y construyó los edificios de la Curia, del Seminario y la Basílica Menor de Nuestra Señora de las Misericordias fomentando la devoción a esta advocación mariana.

A San José, de quien hablaba frecuentemente como el “padre de la vida interior”, le tenía particular afecto por ser el padre putativo de Jesús, esposo de la Virgen y Protector de la Iglesia Universal. A él acudía y recomendaba acudir en las necesidades especiales.

Lo nombró Patrono de las cuatro Comunidades que había fundado y cada año celebraba su fiesta con gran fervor precedida de la novena, durante la cual muchas veces hacía pláticas a sus religiosas.

En la alocución que tituló “*La vida espiritual*” escribió:

“No puedo terminar estas reflexiones sobre los medios de santificación que tenéis en vuestras manos sin deciros unas palabritas sobre San José, vuestro segundo Patrono. ¡Oh, cuánto debéis amarlo e invocarlo! Sus títulos delante de Dios son muy semejantes a los de la Santísima Virgen y superiores a los de todos los demás santos del cielo, y por lo mismo su intercesión es mucho más poderosa. Él es llamado por el Espíritu Santo “Varón Justo”. El Padre Eterno le confió la paternidad de su Hijo Divino en la tierra y la guarda de la virginidad de María. Le constituyó así: “Dominus domus suae”: Señor y administrador de su casa, de la Divina Familia...

El Hijo de Dios le estaba sujeto; la Madre de Dios le estaba sujeta; un Arcángel le traía los anuncios del cielo; el Padre Celestial le confió lo más preciado del cielo y de la tierra; el Espíritu Santo lo llamó a hacer sus veces en la tierra para con su Esposa Virginal María, y los espíritus angélicos eran sus servidores...

En manos de San José están, pues, la vida eterna que es Jesús y la Tesorera de la vida eterna que es María. Por eso San José es, repito, el Padre de la vida interior, el dador de la santidad y el guardián de las virtudes religiosas. En consecuencia, amadlo intensamente e invocadlo fervorosamente. Veréis entonces, por experiencia en vuestra vida contemplativa, cómo es San José el mejor formador de las vírgenes del claustro...”

Con razón
ERES AMADO
(Cant. 1,4)

Venerable

*Miguel Ángel Builes
y San José*

“Oculto como la violeta”



Los hombres mundanos, que andan tan ligeros en hacer abrir sus flores en la primavera de esta vida mortal, por espíritu de orgullo o de ambición, corren siempre el peligro de ser sorprendidos por la helada, que les hace perder el fruto de sus acciones. Los justos, al contrario, tienen siempre encerradas sus flores en el estuche de la humildad y, en cuanto les es posible, no dejan que se muestren hasta la llegada de los fuertes calores cuando Dios, este Divino Sol de Justicia, viene a calentar los corazones en la vida eterna, donde producen para siempre el dulce fruto de la inmortalidad y de la felicidad.

La palmera no deja ver sus flores hasta que los ardores vehementes del sol rasgan las vainas, los estuches o las bolsas, en las cuales están encerradas, después de lo cual deja ver sus frutos. Lo mismo hace el alma justa, porque mantiene ocultas sus flores, es decir, sus virtudes bajo el velo de la santísima humildad hasta la muerte, cuando Nuestro Señor las abre y deja que se muestren fuera, mientras los frutos no tardan en aparecer.

¡Qué fiel a esto el santo de quien hablamos! Porque, no obstante ser quien era, ¡en qué pobreza y en qué humillación vivió durante toda su vida! Pobreza y abatimiento bajo los cuales tenía ocultas sus grandes virtudes y dignidades. ¡Pero qué dignidades, Dios mío! ¡Ser ayo de Nuestro Señor, y no tan solo esto, sino ser también su padre putativo y esposo de su Santísima Madre!

Verdaderamente, no dudo de que los Ángeles, arrebatados de admiración, acudirían en tropel a considerar y a maravillarse de su humildad, cuando tenía a su querido Hijo en su pobre taller, donde trabajaba de su oficio, para sustentar al Hijo y a la Madre que le habían sido confiados.

No cabe duda, mis amados hermanos, de que San José fue más valiente que David y más sabio que Salomón. Sin embargo, al verle reducido al oficio de carpintero, ¿quién lo hubiera podido creer, sin estar iluminado por la fe, pues tan ocultos tenía todos los señalados dones con que Dios le había favorecido? Mas, ¿cuál no fue su sabiduría, puesto que Dios le confió el cuidado de su gloriosísimo Hijo y lo escogió para que fuese su director?

Si los príncipes de la tierra ponen tanto cuidado, por ser una cosa tan importante, en dar a sus hijos un ayo que sea de los más capaces, pudiendo hacer Dios que el ayo de su Hijo fuese el hombre más colmado del mundo en toda suerte de perfecciones, según la dignidad y excelencia de Aquel que le confiaba, que era su Hijo gloriosísimo, Príncipe universal del cielo y de la tierra, ¿podría ocurrir que no quisiera hacerlo y no lo hiciera?

Luego, no cabe duda alguna de que San José estuvo dotado de todas las gracias y de todos los dones que merecía el cargo que el Padre Eterno quería darle de administrador temporal y doméstico de Nuestro Señor y de jefe de su Familia, compuesta tan solo de Tres Personas, que representaban el Misterio de la Santísima y Adorable Trinidad. Ya comprenderéis, pues, cuán elevada era la dignidad de San José, y cómo practicó toda clase de virtudes. Sin embargo veis, por otra parte, cuán anonadado estaba y humillado, más de lo que es posible imaginar...

No nos queda otra cosa por decir, sino que no hemos de dudar en manera alguna de que este glorioso santo goza en el cielo de mucho crédito ante Aquel que tanto le favoreció, hasta el punto de elevarlo hasta allí en cuerpo y alma.

(San Francisco de Sales. Sermón en la Fiesta de San José, en “Obras selectas de San Fco. De Sales I”, BAC, 1953)



Es grato hablar de las admirables virtudes de San José.

La **primera** nos da a conocer en San José al defensor del nacimiento legítimo de Cristo, no del nacimiento en el Seno del Padre —que solo es conocido por los Ángeles— sino del nacimiento en el seno de una Mujer, razón que le constituyó en defensor y custodio del mismo, y que dará ahora —en el cielo— tanto poder a su intercesión.

La **segunda** fue defensor del Niño contra las asechanzas y astucias del diablo. Por eso, aquella fuerza y virtud que vencía los mayores embates del diablo, es inexplicable para los mortales. No hay sobre la tierra poder ni astucia ni engaño que puedan compararse a los que el diablo, con toda su maldad, trató de poner en juego contra el Niño. Pero a ellas opuso Dios las ocultas virtudes de San José. Solo así podemos concebir el grado de fortaleza, prudencia y rectitud que adornó a San José, pues defendió y protegió al Niño Dios contra el maligno, fortísimo, perverso y astuto como nadie.

Él defendió también el pudor de la Virgen María con tanta fidelidad y sabiduría que supo ofuscar aquella angélica inteligencia, venciendo así la prudencia de San José todas las asechanzas del diablo.

Esta tutela del pudor de la Virgen estaba prefigurada en Abrahán que, al

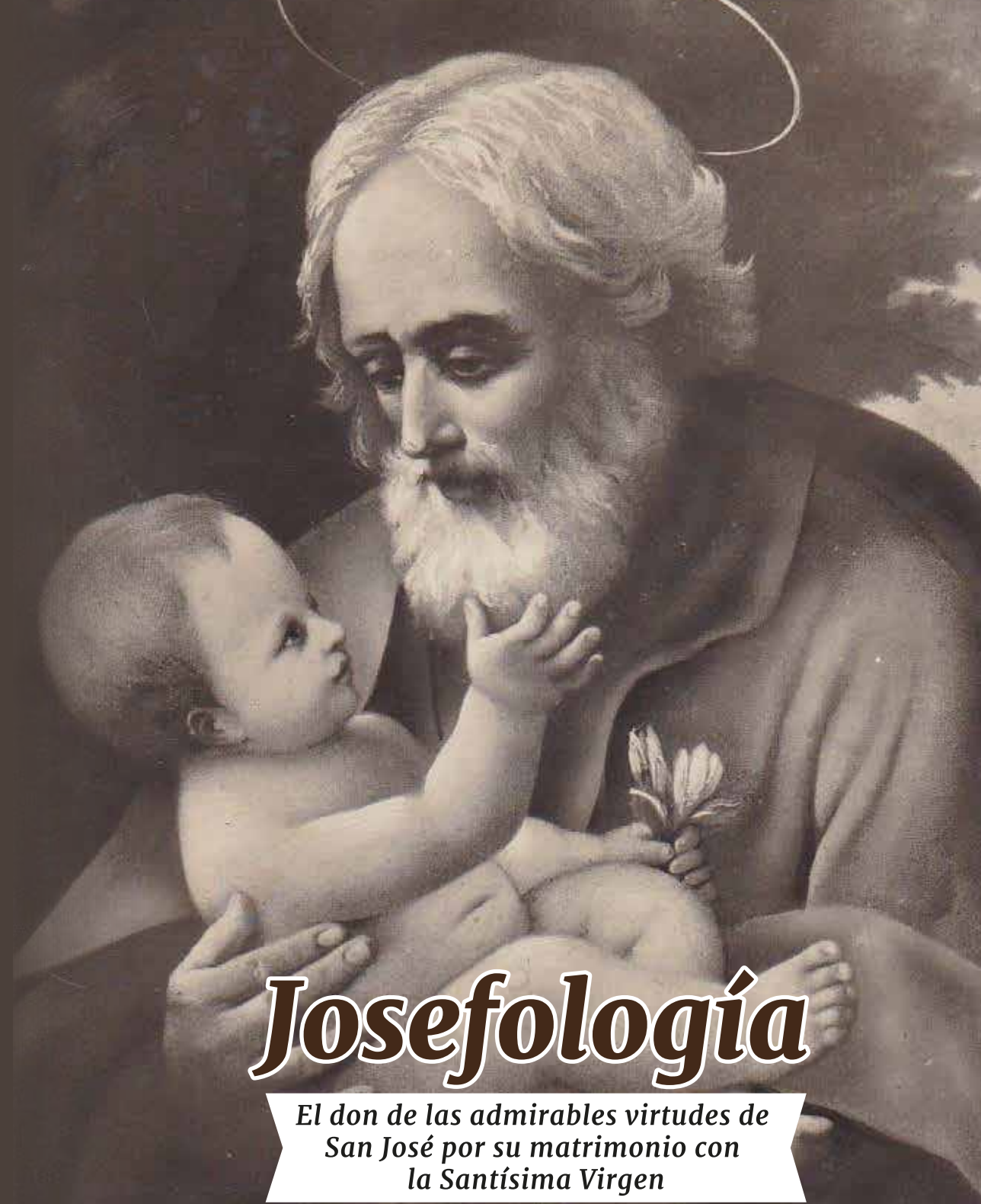
bajar a Egipto, logró con sus sapientísimas palabras defender el pudor de Sara contra el Faraón. También la tutela de Cristo estuvo prefigurada en Abrahán cuando libertó a Lot y a toda su familia y riquezas de las manos de los cuatro reyes que lo llevaban cautivo. El ejército de estos reyes representa la turba de los demonios, Lot a Cristo, y su familia a la naturaleza humana. Cristo —constituido por Dios primogénito entre todos— al ser revestido de la carne humana, parecía ser llevado cautivo; pero Abrahán —figura exacta de José— le defendió con la fuerza de sus virtudes, y esto redundó en bien de todo el género humano.

La **tercera** fue padre nutricio del Hijo de Dios. Cuántas virtudes debían ocultarse en él pues, valiéndose de ellas, debía educar, alimentar y vestir al Hijo de Dios.

La **cuarta** excelencia está en haber sido el único testigo del nacimiento virginal de Cristo, por lo que puede compararse a los espíritus bienaventurados, mensajeros y reveladores de los Misterios de Dios, que por eso son llamados Ángeles.

Además, en este matrimonio San José representa al mismo Hijo de Dios, Esposo perpetuo de la Iglesia. Veneramos a San Pedro y a sus sucesores porque hacen las veces de Cristo en la tierra; de igual modo debe ser honrado San José que fue figura e hizo las veces de Cristo.

(Isidoro de Isolano. *Suma de los Dones de San José*. P. 2ª, Cap. 4.)



Josefología

El don de las admirables virtudes de San José por su matrimonio con la Santísima Virgen



**"Verá, por experiencia,
el gran bien que es
encomendarse a este
glorioso Patriarca".**

(Sta. Teresa de Jesús)

Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>